

Acción humana y explicación teleológica

1. INTRODUCCION

No cabe duda de que el esquema hempeliano de la explicación científica ha venido constituyendo, desde la publicación del trabajo de Hempel y Oppenheim en 1948¹, un punto de referencia obligado para toda la filosofía de la ciencia, hasta nuestros mismos días. Ni siquiera los tratamientos más relevantes y recientes de la explicación que las ciencias proporcionan, como los que debemos a Woodward, Salmon, Brody, Van Fraassen o Achinstein, han dejado de contar con el modelo nomológico-deductivo, aunque no fuera más que en tanto blanco de sus ataques. Para ese representante tardío del Empirismo Lógico que fue Hempel, como sabemos, la explicación es una argumentación deductiva, cuya conclusión es el enunciado *explanandum*. E, y en cuyas premisas, que constituyen el *explanans*, se pueden distinguir leyes generales, L1, L2, ..., Ln, y otros enunciados, C1, C2, ..., Cn, que hacen asertos acerca de hechos concretos.

De forma que la información proporcionada por explicaciones tales implicaría deductivamente el enunciado *explanandum*, con lo que ofrecerían una base suficiente para esperar que se produzca el fenómeno que se trata de explicar². Nos encontramos, así, con el principio neopositivista de la simetría entre explicación y predicación. Lo que importa es no pasar por alto que el énfasis recaía sobre esas *leyes* que conforman la premisa mayor del razonamiento: Hempel llegaría a poner de manifiesto la mismidad de su poderoso modelo, tanto si figurasen en él leyes de estricta forma universal, como si contuviera generalizaciones de carácter estadístico. En cual-

1. Hempel, C. G., y Oppenheim, P.: «Studies in the Logic of Explanation» (1948), en *Aspects of Scientific Explanation*. The Free Press, New York, 1965, 245-291 pp.

2. Cfr. Hempel, C. G.: *Filosofía de la Ciencia Natural* (1966). Trad. A. Deaño, Alianza, Madrid, 1973, pp. 79-85.

quier caso, todo inducía a creer que la explicación científica había adquirido al fin un sentido preciso y de reconocimiento universal...

Sin embargo, las leyes empíricas que para el neopositivista expresan meras regularidades, requieren asimismo explicación: y son las teorías las encargadas de suministrarla, al invocar entidades y procesos que subyacerían a lo observable, y que vendrían regidos por leyes peculiares, las leyes teóricas. Es así como la ciencia natural termina por abrirnos un universo diferente del cotidiano, a la vez edificándose sobre la imagen manifiesta de la realidad, y rompiendo epistemológicamente con ella. Y de aquí surgió, una vez más, la necesidad de la reflexión filosófica, puesto que el célebre enigma de las dos mesas de Eddington exige decidir si la imagen manifiesta y la imagen científica del hombre-en-el-mundo son dos descripciones compatibles de «lo mismo», como por ejemplo, afirma Ryle, o si, por el contrario, la una es rival de la otra, debiéndose declarar falso, en último término, todo el mundo que nos entrega la «filosofía perenne», como parece pensar Sellars³.

El problema es real: aunque afecte sólo a la física de partículas elementales, no se puede dudar de que este sector de la investigación se ha revelado fundamental para todas las ciencias naturales. Además, por mucho que se quiera subrayar la primacía de la imagen científica, no se puede olvidar que es la imagen manifiesta la que nos proporciona *el marco conceptual de las personas y de sus acciones*, algo de lo que sería casi imposible prescindir, en caso de que tuviera algún sentido intentarlo. En efecto, los objetos de la imagen manifiesta son primariamente personas, mientras que la revolución científica moderna se halla ante todo volcada sobre la explicación del acontecer natural. Precisamente, el asunto del presente trabajo puede tomar como punto de partida expositivo un problema al que apuntan interrogantes como estos: ¿Cómo explica la Psicología la acción humana? Por otra parte, ¿tiene lugar, en el curso de la explicación psicológica, la mencionada ruptura epistemológica con el conocimiento cotidiano? Intentando responder a estas cuestiones iniciales, esperamos poner de manifiesto toda una problemática crucial para la Filosofía de la Psicología.

En principio, lo que podemos llamar el «imperialismo» del modelo N.-D. se traduce en el diseño hempeliano de *la explicación motivacional*, propuesto ya hace casi treinta años:

Explanandum: «el agente X llevó a cabo (*performed*) el acto A».

Explanans: 1. «X deseaba F».

2. «X creía que hacer A era el mejor o el único medio de lograr F».

3. Cfr. Ryle, G.: *Dilemmas*. Cambridge Univ. Pres, 1954. Cfr. Sellars, W., «Philosophy and the Scientific Image of Man», en *Science, Perception and Reality*. Routledge and Kegan Paul, London, 1962.

3. «Siempre que un agente desea algo, y cree que la ejecución de determinado acto es, dadas las circunstancias, un medio de satisfacer su deseo, él lleva a cabo tal acto»⁴.

Pero a semejante homologación de la explicación de la acción humana con la científico-natural, es preciso objetar, entre otras cosas, que

1. No se aprecia posibilidad alguna de llegar, por este camino, a una teoría científica en sentido estricto (o sea: de romper con el sentido común).

2. Muy escaso carácter legal tendrían unas supuestas leyes que se refieren exclusivamente a individuos, y a individuos en momentos muy determinados. Davidson llama nuestra atención sobre el hecho decisivo de que la explicación N.-D. predice incondicionalmente lo que explica y además predice condicionalmente un conjunto infinito de otras cosas, lo cual no parece ser evidentemente el caso de la explicación de la acción humana que menciona las razones del agente⁵.

3. Más en general, las recientes discusiones sobre la naturaleza de la explicación, centradas en los aspectos ilocucionarios del *explaining act*, parecen concluir estableciendo tanto la imposibilidad cuanto la inconveniencia de unas supuestas «instrucciones universales» que constituyeran condiciones necesarias de las explicaciones científicamente válidas. Achinstein, por ejemplo, reconoce que «parece no haber un modelo no-arbitrario de corrección científica mínima»⁶.

Por consiguiente, a los ojos de la actual filosofía de la ciencia, resultaría de todo punto innecesaria la insistencia hempeliana en las leyes universales, y en la relación deductiva entre *explanans* y *explanandum*. Llegamos así a una situación de *impasse*, de la que sólo parecería podernos sacar la consideración de la acción humana propia de la psicología científica contemporánea.

2. PSICOLOGIA DE LA ACCION HUMANA

Parece obligado comenzar por el *Conductismo*, y ello no sólo a la vista de una consideración histórica de la psicología científica contemporánea, sino también, y sobre todo, si partimos del hecho de que constituye una

4. Hempel, C. G.: «Rational Action», en *Proceedings and Addresses of the American Philosophical Association*. The Antioch Press, Yellow Springs, Ohio, 1962.

5. Cfr. Davidson, D.: «Hempel on Explaining Action» (1975), en *Essays on Actions and Events*. Clarendon Press, Oxford, 1980, 261-277 pp.

6. Achinstein, Peter: *The Nature of Explanation*. Oxford Univ. Press, New York-Oxford, 1982, p. 192.

filosofía de la ciencia del comportamiento humano, cuya implantación ha sido casi general en los medios académicos internacionales, desde los seguidores de Watson a Skinner. Precisamente, el singular manifiesto que en 1974 publicara el brillante investigador del condicionamiento operante, denunciaba el malentendido según el cual el conductismo no da lugar a la «intencionalidad o el propósito»⁷. Y en principio, se podría pensar que el estudio de la conducta operante es especialmente proclive a verterse en un discurso en que términos semejantes ocuparan un lugar central.

No pretendemos que la obra de Skinner compendie y agote todas las posibilidades del conductismo, en absoluto. Lo que nos resulta indudable es que su manifiesto defrauda, es *defective*, como dicen los ingleses, en relación con esa denuncia inicial. Y no podía ser de otro modo, puesto que la ruptura con el sentido común que el planteamiento watsoniano pretende representar se localiza sobre todo en la decisión de prescindir de la tesis para la cual los estados mentales son causas. (A partir de ahora, por lo demás, el problema de lo mental va a trazar el horizonte ontológico que corresponde a la explicación teleológica de la acción humana). Y, como cuadra al chato «conductismo metodológico», la razón aducida consiste en que *la visión cotidiana de las acciones no es operativa en la predicción y el control de la conducta*⁸. Sin duda resulta atinada la ecuación que el mismo autor no tarda en establecer.

«El conductismo metodológico podría ser concebido como una versión psicológica del Positivismo Lógico o del Operacionismo»⁹.

Pero ocurre que el lenguaje que hablamos está empapado de mentalismo, y por eso consistirá la tarea básica del filósofo conductista en introducirnos, por medio de *la traducción*, en la imagen científica de la acción humana. El sentido común conseguiría tranquilizarse cuando, a la pregunta de «¿por qué haces esto?», se responde «porque quiero hacerlo»; mientras que la curiosidad del hombre de ciencia, siempre metódicamente orientada, no se aquietaría hasta llegar a una referencia *última*, definitiva, a *las circunstancias externas de la acción*, que son las únicas que satisfacen, diríamos por nuestra parte, el apriórico interés técnico del psicólogo.

De manera que, por ejemplo, el término «querer» describiría un déficit: «un hombre hambriento quiere alimento» no significa sino que *necesita* alimento. Lo que mueve en todo caso es la carencia, no la meta representada de antemano. Pues la carencia incrementaría la probabilidad de emitir la respuesta *previamente reforzada* con alimento. De lo que se trata es de invertir el esquema explicativo del conocimiento cotidiano: los estados y

7. Cfr. Skinner, B. F.: *Sobre el Conductismo* (1974). Trad. F. Barrero. Fontanella, Barcelona, 1975, p. 13.

8. Cfr. Skinner, B. F.: *loc. cit.*, pp. 19-20.

9. Skinner, B. F.: *loc. cit.*, p. 23.

procesos internos no serían causas, sino, al revés, representaciones de los efectos del refuerzo. No pensemos, por otro lado, que este análisis se aplica sólo a las dimensiones primarias de la conducta. También abarca el ámbito de lo que la tradición denominaba «actividad voluntaria»: si una persona actúa *con el fin* de que suceda algo, sus motivos y propósitos no pasarían de ser, asimismo, efectos de los refuerzos. El discurso de la voluntad se reduce así a la confesión de la ignorancia de la causa inmediata que desencadenó la acción. Cuando la *razón* engulle a la *causa*, se trata, para el filósofo conductista, de pura incapacidad comprensiva del sentido común, del abismo que lo separa del esclarecimiento científico.

En definitiva, se podría afirmar que la traducción conductista de la explicación teleológica en términos de explicación fisicalista es todavía más radical que la ensayada por Hempel. La debilidad filosófica de un Skinner deja más de manifiesto, en efecto, el sentido último de semejante traducción, que no sería otro que el de la absoluta supeditación de la ciencia de la conducta al interés técnico del conocimiento.

Si nos volvemos, a renglón seguido, hacia Piaget y su escuela, el panorama cambia apreciablemente. Es cierto que las reflexiones epistemológicas del ginebrino parecen dirigirse sobre todo a la dualidad de descripción y explicación, y a la necesidad de superar el simple nivel fenomenista. Además, en su clasificación de los modelos explicativos psicológicos brilla por su ausencia la explicación teleológica de la acción humana. Sin embargo, la decepción no tiene tiempo de aparecer: la epistemología genética llega por fin a vincular el *paralelismo psicofísico*, al que Piaget se adhiere, al *isomorfismo* entre causalidad e implicación, dos de sus «descubrimientos filosóficos» más importantes.

Esta conexión expresa, una vez más, el intento de resolver el problema de la explicación psicológica mediante la previa decisión ontológica de contestar en un sentido preciso la pregunta que termina por hacerse insoslayable al filósofo de la Psicología: «¿qué relación existe entre la conciencia y los procesos orgánicos o materiales?»¹⁰. El Conductismo había prescindido de la conciencia a través de un curioso empleo de la reflexión consciente. Piaget, por el contrario, reconoce la realidad de un lenguaje de la conciencia al lado del lenguaje del cuerpo. Ambos serían independientes, pero isomórficos y complementarios:

«(...) el isomorfismo (en el sentido de una correspondencia entre estructuras, haciendo abstracción de los contenidos), debería buscarse entre dos series de acontecimientos complementarios pero descritos en lenguajes esencialmente diferentes»¹¹.

10. Piaget, J.: «La explicación en Psicología y el paralelismo psicofisiológico», p. 179, en Fraisse, P., y Piaget, J.: *Tratado de psicología experimental*. 1. Historia y método de la psicología experimental (1963-1970). Trad. M.^a Teresa Cevalco. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1976, pp. 151-197.

11. Piaget, J.: *Loc. cit.*, p. 185.

Pues bien, si el lenguaje del cuerpo es el de las causas y los efectos, el de la conciencia es el lenguaje de *la implicación*. La acción de un estado de conciencia sobre otro estado de conciencia no corresponde a la categoría de causalidad: uno no causa otro, sino que uno implica el otro. Es sabido que la categoría piagetiana de implicación entraña una complejidad semántica capaz de englobar desde la implicación lógica a la implicación moral. Pero lo que a nosotros nos interesa es que la relación que se establece entre fin y medios, característica de la acción propiamente humana, es incluida asimismo en la categoría de implicación.

Y no nos extraña tal inclusión, desde el momento en que se reconoce aquí que *el carácter fundamental de la conciencia consiste en tener significaciones*, siendo el modo propio de conexión entre los fenómenos conscientes el de *la implicación significativa*. De la acción como *efecto* del refuerzo hemos pasado a la *acción significativa* en el mundo, implicada por la meta que nos representamos, y es este elemento del sentido el que imposibilita todo intento de hacer pasar la explicación teleológica de la acción por mera explicación causal, no digamos ya todo intento de reducir, eliminándola, aquella a ésta.

Creemos necesaria en este punto la referencia a dos hitos de la teoría psicológica, particularmente relevantes para nuestro tema. En efecto, la publicación, en 1960, de la obra de Miller, Galanter y Pribram, *Plans and the Structure of Behavior*, contribuyó a la recuperación de la conciencia por parte de la ciencia de la conducta, y, en lógica consecuencia, supuso el punto final para el monopolio de la causalidad lineal. En palabras del profesor Pinillos, «los planes e intenciones del sujeto se asimilan así a modelos de procesamiento de la información, más centrados sobre el valor informativo del estímulo que sobre su acción causal»¹². Dicho de otro modo: el concepto de *retroalimentación* hacía por fin posible conceptualizar la autoposesión cognitiva y práctica propia de la subjetividad humana. A partir de entonces, los psicólogos cobijados bajo el modelo computacional han venido desarrollando análisis funcionales que ponen de manifiesto la crisis del Neopositivismo y del Conductismo, en relación con la explicación psicológica sobre todo. Entre otras cosas, se ha reducido la tendencia a pensar que las explicaciones científicas sean discontinuas con respecto a las del conocimiento común, cuando menos en la esfera propia de la Psicología. El tan denostado mentalismo sería, por ejemplo, para un autor como Fodor, tan inevitable como correcto.

Pero no vamos a considerar aquí la «solución» al problema de lo mental que el Funcionalismo representa, nos alejaría de nuestro tema en exceso, sino que pasaremos a dejar constancia del segundo de esos hitos de que hablábamos. En 1964 vio la luz *The Explanation of Behaviour*, obra en la

12. Pinillos, J. L.: *Las funciones de la conciencia*. Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid, 1983, p. 53.

que Charles Taylor defendía, frente al conductismo todavía dominante, la especificidad de esa variedad de explicación teleológica que constituye *la explicación en términos de propósito* de la acción humana. Además, la legitimidad de su empleo en la ciencia de la conducta se fundamentaría en la tesis de que existe una línea de continuidad entre la explicación del sentido común y la propiamente científica.

¿Cuáles serían las objeciones a este planteamiento más frecuentemente esgrimidas por sus adversarios? En primer lugar, se considera que explicar una conducta mediante la referencia a un objetivo perseguido intencionalmente equivaldría al absurdo de explicar un acontecimiento presente por otro acontecimiento futuro. La obra de Taylor, y así lo subrayaba este autor unos seis años después, respondía a la objeción llevando a cabo una auténtica reformulación de la lógica propia de este tipo de explicación:

«Una explicación es teleológica si da cuenta de los fenómenos que han de ser explicados del modo siguiente:

Si F es el fin "en virtud del cual" se dice que tienen lugar los sucesos: B el suceso que hay que explicar; y S la situación-de-hecho que rige con anterioridad a B; entonces B se explica por el hecho de que S era tal que requería B para que F tuviera lugar»¹³.

En suma, lo que define como tal una explicación teleológica no es sino *la forma de su antecedente*, vaciándose de sentido la objeción tradicional.

Por otro lado, la psicología académica convencional fundamentaba el carácter espurio de esta explicación en el hecho de que los propósitos y las propiedades intencionales en general son inobservables, y, encima, lo que aquí se pretende es que tienen efectos observables. Taylor declara, en relación con esta segunda objeción, que la proposición de que lo mental es inobservable no es en absoluto evidente por sí misma: *yo puedo observar la cólera o la tristeza del otro*¹⁴. Además, para salvar el escollo del interaccionismo, por lo general de aspecto poco científico, el autor nos esboza la denominada *teoría de la expresión*, como solución tentativa al problema mente-cuerpo que puede fundamentar ontológicamente, a su juicio, la legitimidad de la explicación por propósitos: para que se dé un cambio del estado mental A al estado mental B, ha de darse un cambio en el sistema neurológico que puede ser entendido como su expresión. No habría, por tanto, relación causal, sino «expresión» neurológica¹⁵.

Pero lo más importante para nosotros sería, sin duda, la decisión de convertir la explicación por propósitos en el modelo más adecuado para el

13. Taylor, Ch.: «The Explanation of Purposive Behaviour», en Berger, R., y Cioffi, F.: *Explanation in the Behavioural Sciences*. Cambridge Univ. Press, 1970, 49-80 pp., p. 55.

14. Taylor, Ch.: *Loc. cit.*, p. 61.

15. *Cfr. Loc. cit.*, pp. 68 y 70-73.

comportamiento humano. La conducta es plástica, hay improvisación, novedad. Esta decisión conlleva, nada más y nada menos, que el psicólogo se hace por fin cargo del modo en que el agente se ve a sí mismo y contempla su propia actuación. Es decir, se reconoce que la explicación psicológica de su acción en el mundo no tiene más remedio que atender al significado que tiene para el sujeto.

En la actualidad, continuando por el camino de Taylor, no pocos teóricos de la Psicología siguen poniendo su empeño en «resquebrajar el endurecido caparazón positivista», si empleamos la metáfora de Harré, que ha encerrado el estudio empírico de la acción durante los últimos cuarenta o cincuenta años. Entre los que investigan la acción humana se impone así el principio según el cual ésta «debería ser considerada en los términos de un formato básico medios-fin»¹⁶. Mientras que la mera *conducta* sería un fenómeno más del mundo físico, un nudo más en la red de la causalidad. Una categorización como esta no impide, desde luego, que el psicólogo de la acción siga concediendo mayor importancia a la comprensión pública de la misma que a la narración de las intenciones privadas del agente.

En cuanto a los esquemas que concretan la explicación teleológica de la acción, el más influyente ha sido sin duda el de *want-belief*, desarrollado por pensadores como Davidson, y que parece muy próximo al sentido común. Ello no quiere decir, sin embargo, que no plantee aún hoy algunos problemas a los filósofos de la Psicología¹⁷.

En suma, todo este importante sector de la psicología actual entiende la explicación intencional como *un diseño realista* de la acción humana, y no como una simple manera de hablar. Y a ello ha contribuido la investigación empírica, que reconoce en la actualidad a la conciencia, a la atención, una *función de control* que se haría patente, sobre todo, cuando se diera cierto grado de confusión en relación con los fines de un sistema, o también en el momento en que surgiera algún problema en lo referente a los medios para alcanzar un fin previamente dado¹⁸. Las diferentes funciones que se atribuyen hoy a la conciencia —síntesis y adaptación, básicamente, pero también las propias del proyecto biográfico, de la conciencia histórica y de la conciencia personal— suponen todas ellas la capacidad de distanciarse de la situación estimular inmediata. Ahora bien, en palabras, de nuevo, del profesor Pinillos:

«Esta posibilidad de distanciamiento se manifiesta, asimismo, en la forma anticipatoria con que la conciencia se adelanta a sus determinaciones futuras, pre-

16. Harre, R.: «Theoretical Preliminaries to the Study of Action», en Von Cranach, M., y Harre, R. (eds.): *The Analysis of Action. Recent Theoretical and Empirical Advances*. Cambridge Univ. Press. Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1982. 5-35 pp., p. 10.

17. Hay incluso quienes han propuesto, por este motivo, la alternativa de un esquema conceptual adaptado de las cuatro causas aristotélicas.

18. *Cfr.* Harre, R.: *Op. cit.*, p. 31.

viéndolas o previniéndolas por virtud de una actividad propositiva que excede del marco de la causalidad eficiente y se sitúa en el de la finalidad»¹⁹.

Por último, parece que la posición más coherente con estos hechos, en relación con el problema de lo mental, no sería otra que la del *emergentismo*, entendiendo en este contexto por «emergencia», «la aparición de determinaciones nuevas en el seno de un mismo proceso de originación»²⁰.

3. FILOSOFIA DE LA ACCION: RAZONES Y CAUSAS

En lo que sigue, dentro de este apartado, nos vamos a volver hacia la filosofía de la acción desarrollada mediante el análisis del lenguaje ordinario: está claro que las nociones filosóficas de *acto* y *acción* no son diferentes de las usadas en éste. Podría parecer que semejante procedimiento prejuzga la cuestión de la relación entre explicación científica y conocimiento cotidiano, pero tenemos la disculpa de que, en la actualidad, incluso la filosofía de la ciencia natural está siguiendo los derroteros señalados por el segundo Wittgenstein y sus continuadores. Por otra parte, esta decisión nuestra no implica en absoluto despreciar lo conseguido en otras áreas del pensar contemporáneo: somos conscientes de la importancia del Pragmatismo de James, Dewey y Peirce, al convertir el contexto de la acción en auténtico tribunal supremo para la totalidad de los sectores de la reflexión filosófica, Metafísica y Teoría del Conocimiento incluidas; como también reconocemos la radicalidad del planteamiento fenomenológico de un Merleau-Ponty, que hace del cuerpo vivencial ese *yo-puedo* originario, llamado a superar las aporías de la filosofía moderna del conocimiento. No ignoramos, asimismo, la profunda significación ontológica que el existencialismo sartreano acertó a revelar en la acción genuinamente humana...

Lo que sí implica la opción elegida es la constatación de que ha sido *el análisis del lenguaje de la acción*, desarrollado por la filosofía de lengua inglesa, el que más ha influido en la psicología científica contemporánea: no sería difícil señalar, en este terreno, la huella de un proceso muy similar al anteriormente esbozado. Un hecho como este no deja de resultar natural: las restantes líneas de la reflexión contemporánea han confluído, sin duda, sobre esa dimensión de la Psicología en la que se sitúan las diversas alternativas al estricto método científico-positivo.

Y los análisis más destacables, en esta tradición, han contribuido a organizar el problema filosófico de la acción humana en las cuestiones

19. Pinillos, J. L.: *Op. cit.*, p. 42.

20. Pinillos, J. L.: *Op. cit.*, p. 69.

capitales de *la naturaleza, la descripción y la explicación* de la misma. Nos centraremos, obviamente, en esta última, aunque no estaría de más recoger antes dos conclusiones que hacen referencia a las primeras: por un lado, parece fracasado el intento de Hart y sus seguidores de analizar la acción humana desde el punto de vista jurídico (no podemos afirmar que, cuando decimos que X es una acción humana, estemos atribuyendo a alguien la responsabilidad de un suceso en vez de describir algo que sucedió, puesto que cabe la posibilidad de llevar a cabo acciones de las que, en rigor, no seamos responsables); también parecen obvias las dificultades a que nos conduce la caracterización tradicional de las acciones en términos de sus antecedentes contingentes, los actos voluntarios (los trabajos de Melden constituyen un verdadero muestrario de las aporías lógicas que aquí se originan, lo cual no deja de guardar relación con la mínima presencia del término «voluntad» en la literatura psicológica contemporánea). En vista de todo ello, se concluye por lo general afirmando que «un suceso particular es una acción, si es el ejercicio de un poder que determina lo que sucede»²¹.

En segundo lugar, en el terreno de la acción resulta muy difícil señalar una frontera clara entre la mera descripción y la explicación: no cabe duda de que se puede describir un acto en términos explicativos, como también es perfectamente posible que la explicación de una acción tome la forma de una redescritión suya.

En el orden histórico, por último, sería imperdonable no citar aquí los decisivos trabajos al respecto de *Austin* («En Defensa de las Excusas», 1957), presentación del tratamiento lingüístico del problema filosófico de la acción, a la vez que programa cuasi inaugural de su estudio; *Anscombe* («La Intención», 1957), investigación preliminar sobre la disparidad de los juegos de lenguaje causal e intencional; y *Danto* («Acciones Básicas», 1965; *Filosofía Analítica de la Acción*, 1973), trabajos estos últimos que suponen un agotador ensayo de formalización lógica del campo práctico, a partir de su supuesta analogía con el cognoscitivo.

Pero pasemos ya a nuestra preocupación central, la explicación de la acción. Vamos a partir del hecho de que, en el lenguaje que hablamos, ésta reviste, por lo común, *o bien* la forma de una apelación a factores que explicarían «a la manera de las leyes» (por ejemplo, costumbres, disposiciones...), *o bien* la forma de una apelación a factores que podríamos llamar «teleológicos» (deseos, propósitos, intenciones...). Se trataría, en definitiva, de una dualidad parecida a la que entraña el término «motivo»: según el *Gran Diccionario Inglés de Oxford*, y recurro a él sólo porque lo cita Urmson en su trabajo de 1952, «Motivos y Causas», «aquello que mueve o induce a una persona a actuar de cierta manera, un deseo, un temor u otra emoción, o una consideración de la razón que influye o tiende a influir en

21. White, A. R.: «Introducción» a White, A. R. (ed.): *La Filosofía de la Acción* (1968). Trad. S. Block. F.C.E., México-Madrid, 1976. 7-31 pp., p. 17.

la volición de una persona». Parecida también, cómo no, a la que señala la distinción aristotélica entre apetito (*epithymía*) y voluntad (*boúlēsis*).

Es decir, en la explicación de las acciones de los hombres hay ingredientes causales e ingredientes teleológicos, y el problema clásico de la filosofía de la acción, a este respecto, no sería otro que el de determinar el puesto y las relaciones mutuas de unos y otros. Vamos así a parar a la cuestión decisiva de las causas y las razones.

Sin duda es recordar algo de todos sabido, decir que el tratamiento humeano de la causalidad ha venido siendo determinante hasta nuestros mismos días para toda la filosofía de la ciencia. Y, sin embargo, en el caso de nuestro tema su aceptación involucraría, nada más y nada menos, la imposición general de la tesis que afirma *la incompatibilidad* del lenguaje de causas y el lenguaje de intenciones. Porque una causa deberá ser siempre lógicamente independiente de su supuesto efecto, mientras que los propósitos y las voliciones no serían descriptibles si hacemos abstracción de la acción a la que se refieren, y pretenden explicar. En su trabajo sobre la volición, Melden se muestra tajante a este respecto: las causas de la acción deben poder describirse con independencia de ésta²². Con lo que acabaría por imponerse también el rechazo de la legitimidad científica de la teleología en el ámbito de la explicación psicológica. Rechazo que otros argumentos tradicionales contribuirían a confirmar, como, por ejemplo, el de que ni las actitudes ni las creencias son sucesos, sino disposiciones o estados, por lo que de ningún modo podrían ser identificadas como causas de la acción. O el de que el conocimiento privilegiado, «incorregible», que uno tiene de sus propias razones al actuar, no tiene nada que ver con el tipo de conocimiento que podemos llegar a tener de las causas *sensu stricto*.

Late en la tesis de la incompatibilidad, muy a menudo, el propósito de salvaguardar la diferencia que separa la acción del mero suceso, la misma que distinguiría a la persona del autómatas. Y sin embargo, ¿por qué tenemos la tendencia tan pronunciada a tratar los motivos como si fueran causas? Desde el punto de vista del funcionamiento efectivo de nuestro lenguaje, la tesis de la incompatibilidad pecaría, sin duda, de intelectualismo. Es el innegable intelectualismo de análisis como el de Melden lo que enturbia la evidencia de la inevitable dualidad del concepto de *motivo*. Vienen aquí en nuestra ayuda las palabras de Ricoeur, decididas a poner de relieve que en la motivación se ligan esencialmente las ideas de *fuerza* y *sentido*:

«Este confin de lo natural y lo cultural, de la fuerza y del sentido, es el deseo; finalmente, es el status del cuerpo propio, en la frontera de la causalidad natural y de la motivación, lo que funda la continuidad entre causa y motivo»²³.

22. Cfr. Melden, A. I.: «La Volición», en White, A. R. (ed.): *Op. cit.*, 104-115 pp.; y también *Free Action*, Routledge and Kegan Paul, London, 1961.

23. Ricoeur, P.: *El Discurso de la Acción* (1977). Trad. de P. Calvo. Cátedra, Madrid, 1981, p. 56.

A pesar de las sospechas que pueda seguir suscitando en la psicología científico-positiva, la explicación psicoanalítica jamás pasó por alto esta continuidad, puesto que, como atestigüa el mismo Ricoeur, siempre se movió a lo largo de la frontera mencionada. Tal vez habría que dar la razón al pensador francés cuando señala justo en este punto crucial el límite propio del análisis lingüístico de la acción. Pero, ciertamente, no hace justicia a un pensador encuadrado en esta tradición filosófica, que sin duda habría acertado a reconocer la continuidad de que él nos habla. E, incluso, dando por bueno el tratamiento humeano. Este analítico que iría más allá del análisis no es otro que Davidson, cuya aportación a nuestro tema consideraremos a continuación para rematar el presente apartado.

En su trabajo de 1963, «Acciones, Razones y Causas», cuya influencia en la Filosofía de la Psicología resulta difícil exagerar, Davidson se opone a la tesis de la incompatibilidad, afirmando resueltamente que «dar una razón primaria para una acción es lo mismo que exponer su causa»²⁴. La intención polémica de este escrito se hace patente en una reflexión posterior de su autor, en la que reconoce que «fue una reacción contra la doctrina, ampliamente aceptada, de que la explicación de una acción intencional en términos de sus motivos o razones no podía relacionar razones y acciones como causas y efectos». Contra Melden y Hampshire, y apoyándose nada menos que en la autoridad de Aristóteles, se hace del deseo, y del querer (*wanting*), un factor causal.

Para entender la postura de Davidson se hace preciso tener en cuenta su análisis de la *razón primaria* o *intención* del agente: para él, conocer la razón por la que un agente actuó significa conocer la intención con que la acción fue ejecutada. Es decir, conocer su *actitud favorable* (traducción ésta habitual de la expresión inglesa «pro-attitude», que abarcaría deseos, propósitos, fines, principios morales, principios estéticos...); y conocer además su *creencia* (*belief*), relativa en este caso al medio más adecuado de alcanzar el fin propuesto. Y este conocimiento racionalizaría la acción llevada a cabo *al proporcionarnos su causa*. Es decir, para Davidson, la explicación que racionaliza la acción, al manifestarnos las intenciones del agente, sería una especie de explicación causal, como afirman, por lo demás, la tradición y el sentido común. Si la razón de una acción funciona comúnmente como una *justificación* de la misma, ello se hace posible por la función explicativo-causal de la razón, que es en todo caso su función primaria. El hecho de que la razón de una acción constituya una determinada *interpretación* de la misma, por otra parte, o una *nueva descripción* que la torna inteligible al encajarla en un modelo que nos es familiar, no invalidaría en absoluto, a juicio de Davidson, su polémica tesis.

Los argumentos en contra, algunos de los cuales hemos mencionado

24. Davidson, D.: «Action, Reasons and Causes», p. 12, en *op. cit.*, 3-19 pp.

antes, tendrían todos ellos este denominador común: la ignorancia de la diferencia entre la lógica extensional y la intensional, desde el momento en que es precisamente esta última la que estructura y rige el lenguaje propio de las explicaciones intencionales. La verdad de la aserción «quise encender la luz», por poner un ejemplo, no implica en absoluto la de «encendí la luz», como ocurriría en el discurso extensional²⁵. En el discurso intensional el valor de verdad de la proposición compuesta no es función del de las proposiciones integrantes. Para nuestro asunto, de todo esto se desprende que *entre razones y acciones no hay propiamente conexión lógica*, sino, todo lo más, lo que podríamos llamar con Davidson «conexión gramatical». Por otra parte, refiriéndonos ahora a la otra objeción clásica, la del conocimiento incorregible, la misma Psicología habría demostrado sin lugar a dudas, al parecer de nuestro pensador, que uno puede equivocarse completamente en lo referente a las razones que le han llevado a actuar.

Pero Davidson acepta, como hemos dicho, el análisis de Hume. Y, de acuerdo con el filósofo empirista, causalidad implica generalización. De esta aceptación parte la segunda de las tesis defendidas por el americano en su célebre trabajo: en las explicaciones causales corrientes, las de las ciencias naturales, el papel de las leyes es esencial, mientras que en las racionalizaciones tal cosa no ocurre, como señalábamos en la introducción de este trabajo. Las consecuencias de esta posición parecen comprometer el estatuto científico de la propia Psicología: la explicación teleológica de la acción, si bien modalidad de la causal, no resultaría comparable a la que es característica de la ciencia natural, puesto que, en ella, las leyes no desempeñan ningún papel *esencial*. Por lo tanto, la explicación teleológica sería la más adecuada a la acción humana, y sería también entendida como una variedad de la causal. Pero no tendría derecho a salirse del ámbito del simple sentido común: una conclusión muy parecida a la de aquellos autores que Davidson había comenzado por atacar.

Es, pues, natural, que los teóricos de la Psicología que están empeñados en sostener el carácter científico de esta disciplina, y que al mismo tiempo reconocen las limitaciones del concepto de *comportamiento* propio del Conductismo, hayan atacado con vehemencia el análisis humeano de la causalidad. A juicio de Robinson, por ejemplo, sería justamente la esfera de la acción intencional la que invalidaría el fenomenismo humeano de base²⁶. No cabe duda, en suma, de que en la generalización se localiza el

25. Ya Chisholm había llamado la atención, en su trabajo de 1958 «Aserciones sobre creencias», sobre el hecho de que la proposición «Cathy cree que al nivel del mar el agua hierve a 100 grados Celsius» puede ser verdadera, y, sin embargo, no serlo «Cathy cree que al nivel del mar el agua hierve a 212 grados Fahrenheit». Los contextos de las actitudes proposicionales, en cuyos términos habría que analizar la intencionalidad, son, en definitiva, «referencialmente opacos».

26. Cfr. Robinson, D. N.: *Philosophy of Psychology*. Columbia Univ. Press, New York, 1985, pp. 29-31.

principal escollo de la legitimidad científica de la teleología en el ámbito de la acción humana. En el 170 del *Treatise*, Hume escribió:

«Podemos definir *causa* como "objeto precedente y contiguo a otro, de modo que todos los objetos semejantes al primero estén situados en relaciones parecidas de precedencia y contigüidad con respecto a los objetos semejantes al último"»²⁷.

4. CONCLUSION: EXPLICAR Y COMPRENDER

Unos diez años después, tras una frustrada carrera como psicólogo experimental en el dominio de la teoría de la decisión racional, Davidson radicalizó esta conclusión destructiva, y la fundamentó en la postura denominada «monismo anómalo»: *somos incapaces de descubrir leyes psicológicas deterministas*. Aunque reconozcamos que los fenómenos psicológicos, tomados uno a uno, son descriptibles en términos físicos, sin embargo, si los describimos en términos específicamente psicológicos no pueden ser subsumidos en leyes estrictas. No se trataría de ningún abismo ontológico, sino más bien de una característica peculiar del lenguaje del pensamiento y de la acción.

La explicación intencional racionaliza una acción, al inferir el sistema de creencias y motivos del agente a partir de la evidencia disponible. Autores como Elster reconocerían que esta modalidad explicativa define la esfera característica de las disciplinas sociales, distinguiéndolas así de las ciencias físicas y biológicas. También están de acuerdo en que la mencionada teoría de la decisión racional constituye el mejor modelo de aproximación científica a la acción humana, a pesar de que todavía se enfrenta hoy a numerosos problemas teóricos. En el marco de este modelo, la explicación teleológica de la acción parece asumir un aspecto respetablemente científico: se considera que cualquier ejemplo de comportamiento humano puede considerarse el producto final de dos dispositivos sucesivos de filtro. El primero consiste en un conjunto de restricciones estructurales que limita la gama de posibles cursos de acción, reduciéndola a un repertorio mucho más restringido de acciones factibles: tales restricciones están dadas y escapan al control del agente. El segundo dispositivo de filtro sería propiamente el que especifica el miembro del repertorio factible que será puesto en obra.

«Las teorías de la decisión racional afirman que este mecanismo consiste en la opción deliberada e intencional que obedece al propósito de optimizar alguna función objetiva, ya sea real o meramente nocional»²⁸.

27. Hume, D.: *Tratado de la Naturaleza Humana*. 170 Ed. a cargo de F. Duque. Editora Nacional, Madrid, 1977, p. 297.

28. Elster, J.: *Ulysses and the Sirens*. Studies in Rationality and Irrationality. Cam-

Pero la crítica de Davidson señala que esta teoría, nacida en los trabajos de Ramsey, von Neumann y Morgenstern, termina en un estrepitoso fracaso, puesto que no sólo están los datos siempre abiertos a más de una forma de interpretación, sino, sobre todo, *nos vemos obligados a imponerles condiciones de coherencia y racionalidad*. Los mismos científicos sociales nos hablan de un apriórico *principle of charity*, que, para Davidson, abre un verdadero abismo entre el lenguaje del pensamiento y la acción y el lenguaje de los fenómenos físicos.

Nos hemos demorado en la consideración del lúcido escepticismo del filósofo americano, porque su trayectoria parece desde el comienzo dirigida a descubrir *el carácter hermenéutico de la explicación teleológica de la acción humana*. En efecto, al señalar las inconsistencias de la simple homologación de la teleología con la causalidad, Davidson concluye convirtiendo la conducta verbal en la paradigma de todo comportamiento específicamente humano:

«La interpretación de la conducta verbal muestra, por lo tanto, los mismos rasgos sobresalientes que la explicación de la conducta humana en general: no podemos tomar las partes una a una (las palabras y las frases), porque sólo en el contexto del sistema (lenguaje) se hace posible especificar su papel»²⁹.

Nos encontramos, siempre y de antemano, guiados por la necesidad de ver a los demás como nos vemos a nosotros mismos. Esto es, y dentro de ciertos límites, verlos como *agentes racionales*.

En definitiva, y a esto queríamos llegar, la polémica en torno a la explicación de la acción humana termina por replantear, agudizado, el debate de explicar y comprender. Advertimos de paso cómo confluyen en este punto la tradición hermenéutica y los recientes desarrollos del análisis filosófico. Porque, de algún modo, lo que ocurre en este terreno es que el modelo hermenéutico se acaba generalizando, e invadiendo incluso la reflexión sobre la ciencias naturales mismas. Ahí está la célebre obra del finlandés Von Wright, que no tuvo ningún empacho en convertir *la interferencia intencional en el curso de la naturaleza* en el paradigma mismo de lo que significa «hacer algo». En este caso tan significativo, la reflexión, que nos recuerda la kantiana de la tercera antinomia, parte de la teoría general de sistemas, y se dirige a establecer *la diferencia y la compatibilidad* de explicación y comprensión, de las cuales daría testimonio el trabajo del investigador experimental de la naturaleza. No vendría mal traer aquí a consideración un texto de la «Antinomia de la Razón Pura»:

«Por libertad —dice Kant—, en sentido cosmológico, entiendo, por el contrario, la capacidad de iniciar *por sí mismo* un estado. No se trata, pues, de una causalidad».

bridge Univ. Press Editions de la Maison des Sciences de l'homme, London-New York-Paris, 1979, p. 113.

29. Davidson, D.: «Psychology as Philosophy», p. 52, en Brown, S. C. (ed.): *Philosophy of Psychology*. Macmillan, London, 1974, 41-52 pp.

dad que se halle, a su vez, bajo otra causa que, siguiendo la ley de la naturaleza, la determine temporalmente»³⁰.

Lo que la obra de Von Wright añade, aunque sólo sea en el modo de la sugerencia, es que la acción orientada a un fin constituye la misma *condición de posibilidad* de la situación experimental de la que arranca la explicación científico-natural. Es decir: la acción es conceptualmente anterior a la causa. Se requiere, en definitiva, una acción del hombre para aislar y cerrar un sistema, posibilitando así su estudio por el científico de la naturaleza³¹.

Podemos decir, entonces, que *lo que de verdad hace la explicación teleológica es explicitar la comprensión intencional*. De ahí su obstinada resistencia a ser entendida simplemente como una variedad de la explicación causal (de ahí el escepticismo davidsoniano en lo que respecta a su cientificidad «natural»). Tal escepticismo señalaba en la dirección decisiva, sin embargo. Porque el análisis de Taylor manifestaría en forma más o menos legal, invirtiéndola, la argumentación práctica aristotélica. En suma, y acudiendo de nuevo a las palabras de Von Wright, «para ser *teleológicamente explicable*, puede decirse, la conducta debe ser en primer lugar *comprendida en el modo intencional*»³².

Es esta solidaridad de comprensión y explicación teleológica la que Ricoeur subrayó cuando se decidió a poner en pie de igualdad la teoría del texto y la teoría de la acción, llegando además, a través de operación semejante, a la tesis que llama de la «interpenetración dialéctica» entre explicación y comprensión. No se trataría, en modo alguno, de dos campos epistemológicos desconectados, como si estuvieran referidos a dos modos de ser irreductibles³³. Por lo demás las reflexiones de Dilthey sobre los métodos de la ciencia psicológica también justificaban el empleo complementario de ambos procedimientos cognoscitivos. Enfrentados a la acción humana, como enfrentados con un texto, sabemos que resulta posible y necesaria *la mediación* de la comprensión por la explicación, y que, por otro lado, no hay explicación que no remate en la comprensión, y que no la suponga. Lo cual daría testimonio de las continuas interferencias que tienen lugar entre

30. Kant, I.: *KrV* A 533/B 561. Trad. de P. Ribas, Alfaguara, Madrid, 1978, pp. 463-64.

31. Cfr. Von Wright, G. H.: *Explanation and Understanding*, Cornell Univ. Press, Ithaca-New York, 1971.

32. Von Wright, G. H.: *Op. cit.*, p. 121.

33. Cfr. Ricoeur, P.: «Expliquer et comprendre. Sur quelques connexions remarquables entre la théorie du texte, la théorie de l'action et la théorie de l'histoire», en *Revue Philosophique de Louvain*, 75 (1977), 126-147 pp.

el juego lingüístico de las causas y el de las razones. Los corolarios antropológicos de esta solución integradora, por otro lado, casi resultan obvios:

«El fenómeno humano se situaría en el entre-dos (*entre deux*), entre una causalidad que exige ser explicada antes que comprendida, y una motivación que surge de una comprensión puramente racional»³⁴.

Es la irreductible dualidad que habíamos constatado en el motivo la que ahora reencontramos en el deseo, la dualidad de fuerza y sentido, en definitiva. La teoría de la acción despejaría la misma dialéctica de comprensión y explicación que la teoría del texto.

Pero, naturalmente, la interpretación sólo es posible desde *la diferencia*: la que se da entre explicar y comprender, *Erklären* y *Verstehen*, que es la misma que distingue las ciencias sociales de las naturales, y que, desde luego, caracteriza mejor la situación que la mera distinción entre formas de explicación diversas. Pensamos que semejante diferencia aludiría, ante todo, a diferentes *cuestiones conductoras*, y a diferentes *intereses cognoscitivos*. Esta diferencia constituiría *lo humano como tal*, y una de sus expresiones más llamativas sería sin duda *la continuidad* de las ciencias sociales con el sentido común, continuidad que habíamos constatado desde el comienzo como rasgo sobresaliente y problemático de la explicación intencional en Psicología. El análisis lógico de los tipos de explicación deja entonces vía libre a un planteamiento mucho más sustantivo, solidario con el punto de vista propiamente *trascendental*. Entre la comprensión hermenéutica, metódicamente dirigida, y la comprensión precientífica del mundo (lo que Apel, por ejemplo, llama *Weltvorverständnis*), tendría lugar la relación de corrección mutua característica del denominado «círculo hermenéutico»:

«Las *Humanidades*, o *ciencias sociales hermenéuticas*, no están constituidas en el mismo sentido en que lo están las ciencias naturales explicativas, es decir, por una peculiar transición de la relación *práctica* a la relación teórica con el mundo»³⁵.

Mientras que la relación propiamente teórica vendría exigida por el interés tecnológico, la proximidad a la vida práctica es impuesta por el interés comunicativo. De manera que no sería muy exagerado afirmar, con Gadamer, que la Hermenéutica constituye la base metodológica de las llamadas ciencias del espíritu, *además de* representar un aspecto universal de la Filosofía³⁶.

34. Ricoeur, P.: *Op. cit.*, p. 135.

35. Apel, K. O.: «Causal explanation, motivational explanation, and the hermeneutical understanding. (Remarks on the recent stage of the explanation-understanding controversy)», en Ryle, G. (ed.): *Contemporary Aspects of Philosophy*. Ariel Press, Stockfield, 1976, p. 170.

36. Gadamer, H. G.: *Wahrheit und Methode. Grunzüge einer philosophischen Hermeneutik*. J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), Tübingen, 1965 (2.^a), p. 451.

En Psicología, la tensión permanente entre estos dos polos básicos resulta evidente. Y tal vez no tenga mucho sentido intentar eliminarla. Como nos enseñó el viejo Aristóteles —y, sin duda, su análisis del concepto de intención en el Libro 3.º de la *Ética a Nicómaco* constituye la más valiosa aportación que podamos imaginar al estudio de la naturaleza de la acción humana— *la virtud sólo puede aplicarse a los actos voluntarios*; y en este terreno, el psicólogo se mueve siempre en el terreno de investigación delimitado por el par sujeto-sujeto. Pero también están las diversas especies de «cosas involuntarias», y aquí el par sujeto-objeto haría de la ciencia de la conducta una ciencia explicativa. Sin olvidar que, para mayor complicación, los dos intereses cognoscitivos se darían cita en las «acciones mixtas», si seguimos empleando la terminología del estagirita: hay hábitos de acción quasi-naturales, que demandan explicaciones quasi-causales.

En conclusión, la alternativa a la causalidad que la intencionalidad representa, nos ha llevado al fin a la alternativa de la comprensión, habiendo partido de la simple disparidad de los modos de explicación. Ambas, explicación y comprensión, se complementan desde su diferencia. Y también se interfieren de continuo, incluso si hacemos de la comprensión condición de posibilidad de la explicación. La eficacia productiva, en suma, es compartida por factores múltiples:

«La naturaleza, la necesidad, el azar, es cierto que pueden ser causas de muchas cosas; pero es preciso contar, además, con la inteligencia y todo lo que se produce por la voluntad del hombre. Los hombres deliberan, cada cual en su esfera, sobre las cosas que se creen capaces de poder hacer»³⁷.

Mariano L. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
(U.C.M.)

37. Aristóteles: *Ética a Nicómaco*, III, 5, 1112 a.